

**Citacione bibliografica:** Anónimo (Ed.): "Carta XLI", in: *El Corresponsal del Censor*, Vol.4\41 (1786-1788), pp. 670-681, edito in: Ertler, Klaus-Dieter / Hobisch, Elisabeth (Ed.): *Gli "Spectators" nel contesto internazionale*. Edizione digitale, Graz 2011-2019, [hdl.handle.net/11471/513.20.71](https://hdl.handle.net/11471/513.20.71)

### Carta XLI

*J'entends deja d'ici tes docteurs frenétiques  
Hautement me compter au Rang des herétiques,  
m'appeller scélérat, traître, fourbe, imposteur,  
froid plaisant, faux bouffon, Vrai calomniateur.*

Boileau. Sat. XII. v. 320.

Ya desde aquí frenéticos Doctores  
escucho que altamente me numeran  
en la clase de herege; y que me llaman  
falso, impostor, traidor, malvado á prueba;  
bufon sin gracia, decidor helado,  
calumniador, en suma, sin conciencia.

Es mucha, y muy mucha, Señor Censor, la fama que me ha adquirido esta correspondencia que mantengo con vm. no solo me celebran justamente en España, sino que tambien en los Países extrangeros tienen mis papeles sendos é ilustrados apasionados; y á la verdad que ellos son muy acrehedores á tamaña fortuna, pues á nadie insultan, no van llenos de palabrones huecos, no de contradicciones, no de elacion; en fin son dignos de que todo hombre de gusto los acoja benignamente, ame á su autor, y elogie su aplicacion. Vea vm. que breve y compendiosa Apologia he zurcido en un instante de mí mismo, sin haber necesitado para formarla de *Cornelio Agrippa*, de *Erasmus*, ni de *Juan Jacobo Rousseau*. Al caso.

Pocos dias ha que recibí de Londres la siguiente Carta. Como la novedad que contiene es muy digna de comunicarse, por la gloria que de ella nos resulta, he tenido á bien darla al público para que se halle enterado de los felices efectos que producen las cositas que en ella se declaran. Dice, pues, asi:

Señor Corresponsal del Censor.

Muy Señor mio, y muy digno de todo mi afecto: Esto es hecho; ya somos hermanos: no hay como facilitarse unos á otros los medios del sólido bien para conseguir que todos lo logren. En los Puertos de Comercio no faltan jamas doctos Eclesiásticos, y piadosos Seglares que nos hacen entender nuestro error, y que nos dan luz; pero al fin, no es toda la que, ó deseamos, ó nos conviene; y seria muy ventajoso para todos nosotros que la persuasion viniese acompañada de la práctica.

Sin embargo, amigo querido, debo decir á vm., que aunque he sido mas Protestante que el Caiman mas testarudo del Nilo, á pesar de nuestras comunes reflexiones, y nuestros débiles argumentos, he caído en la cuenta, á lo menos sobre ciertos puntos, y he resuelto abjurar: gracias á lo que he visto en ese Pais, gracias digo, á ciertas prácticas devotas y racionales, que me han hecho balancear al principio, inclinarme al medio, y dar al fin con mi resolucion en tierra. ¿Y cuál será de nosotros el que leyendo en los infinitos libritos de Novenas, y aun oyendo en los púlpitos los centenares de milagros que hacen cada dia los Santos, no ha de convencerse plenamente?

Una cuenta de un rosario que perdió cierto devoto de *San Antonio de Padua*, la traía entre sus tenazas una hormiga quando clamaba á este Santo porque se la deparase: otro perdió una ahuja, y despues de hacer una Novena al Santo bendito, alzando los ojos para ver en que se detenía una cortina que iba á correr, le dió en la pupila la punta de una hebra, y le hizo ver clavada en la cortina su ahuja. Pues que, ¿no pueden estos hechos mover al Protestante mas duro, y mas ribeteado de Iconoclasta?

Para eso las fuerzas con que en los mismos libritos pintan las santas Indulgencias. Bien sabemos que los Católicos creen que hay en la Iglesia poder para conceder estas gracias, y conocemos que esto no va fuera de orden. No obstante, no me movía esta verdad; mas al ver estampado, que no solo se concede indulgencia en el sentido que los Católicos tienen, sino que tambien con ella *remision de todos los pecados*, ya no hay fuerza para resistir, ya es preciso creer; y quando viene el último golpe de que á nuestro arbitrio y eleccion sacamos un alma del Purgatorio, nos vemos precisados á echarnos á tierra, y confesar que esto es mucho para poderse ya resistir: añada vm. á esto otras mil expresiones de aquellas que nosotros (y aun todos) creiamos que solo convienen á la Suprema Deidad, aplicadas á los Santos, y dichas de ellos y por ellos, sin la menor limitacion: y con este *confirmatur* despues de todo lo demas, ¿cómo, cómo habemos de resistir?

Pero aun hay otra cosa. Vm. creerá que yo voy apretando mucho la dificultad, y que me voy deslizandó á la zumba: no, Señor Corresponsal: eso era bueno para *Juan Baptista Thiers*, que era un hombre acre, de mal genio, regañón, que por todo rabiaba, y que á pesar de la estimacion que de su obra de *Superstitionibus* tenía el Doctísimo y Santísimo Padre Benedicto XIV., y á pesar de lo que le celebran todos los que le conocen, es preciso decir que era un bufon de siete suelas, que ni queda escapulario, ni cordon, ni oracioncita, ni devocion abeatada que no critica y censura. Eso es bueno para muchos de mis co-hermanos los Protestantes, que toman expofeso los libritos de Novenas y oraciones, con el mismo espíritu que se toman en ese Pais los *Diálogos del Padre Arcos*, y los *Discursos filosóficos sobre el Hombre*, para reirse y divertirse con ellos como con un entremes. No Señor, no soy yo así, no soy ningun satírico chocarrero; yo hablo de veras, y con vm. en todo caso no me había de chancear. Aun hay, iba diciendo, otra cosa que me ha dado mucho golpe, y me ha quitado la aversioncilla que yo tenía con las Imágenes de los Católicos: ella nos desarma, y á su vista en este punto de nuestra incredulidad, nada tenemos que decir. Ya quiere vm. saber qué argumento, qué especie, qué práctica tan poderosa sea esta.

¿No nos ha de convencer nuestra preocupacion, ó llamele vm. terquedad, el ver al glorioso *San Francisco de Asís* en su imagen, con un hábito de tisú, con su toison, y gran collar de este Orden, con una bandera sobre el hombro izquierdo, con un rico baston en la derecha, con un sable pendiente de un hermoso tahalí al lado, y para coronarlo todo, con un sombrero de tres picos con su plumage blanco? ¿No ha de movernos, digo, este hermoso equipage en la imagen de aquel Santo pobrísimo, humildísimo, penitentísimo? Vm. se rie, vm. cree que yo sueño: ¡Ah! que vm. es mas incrédulo que yo. No me burlo, lo vi así, lo vió así todo un numeroso pueblo;<sup>1</sup> lo admiró en este equipage, y lo admira hoy en otro poco menos una de las mayores y mas populosas Ciudades de España. ¡Oh convincente representacion! Lo mismo tienen casi todas las imágenes de ese Reyno, y con mucha razon. Ellas, dicen los Católicos, y dicen muy bien, son destinadas para representarnos á los originales, y excitarnos á imitar sus virtudes. ¿Y cómo no representará la pobreza y desnudez de un *S. Felix de Cantalicio* un habito de terciopelo con una franja de oro de quatro dedos de ancho? ¿como no nos representará la humildad y modestia de *Santo Domingo* un hábito de jesuita tela, sembrado de estrellas de oro, y guarnecido con un bordado de primor, y del mismo metal?

Pero aun esto es poco, amigo mio. La Madre de Dios, la Reyna de la moderacion, de la honestidad, de la humildad, de la pobreza, y de las virtudes todas; ¿no es una maravilla verla representada en una imagen con un magnifico vestido, ajustada con su cotilla, sus ricos pendientes, pieza de garganta, pulseras, cintillos y reloj? ¿Y luego dudará vm. de la sinceridad de mi inclinacion á dexar mis antiguos errores? No amigo; ya se acabó el tiempo de mi incredulidad: ¿pero cómo no se ha de acabar, no solo para mí, sino para todos mis cohermanos, en especial los que pasamos á España? ¿cómo, digo, no se ha de acabar, si á cada paso hallamos un convencimiento? Uno de mis paisanos, tan Católico como yo, entró en un templo, y se halló con la especie rara de un Predicador que estaba haciendo su Sermon, vestido con su capa plubial, y el Santísimo Sacramento en las manos incluso en

---

<sup>1</sup> Este Ingles había visto mas que el venerable autor del Cordonazo de San Francisco pues dice (pag. 62.) que jamas vió á dicho Santo con armas, sino con una Cruz, con una calabera, y otras insignias de humildad.

la custodia. El habia por casualidad leído los Decretos que hay sobre el respetuoso modo de tratar un Sacramento que los Católicos veneran, como que es el mismo Jesu-Christo en la realidad de su cuerpo y sangre: quando leyó estos Decretos los juzgó muy justos, y empezó á reflexionar quanto él debería reverenciar un Sacramento de tanta santidad, y esto le traia confuso; pero luego que vió que se le sacaba de su trono, que se predicaba con tan tremendo Misterio en la mano; todo su miedo desapareció, y el convencimiento empezó á obrar, quando vea vm. aquí que entra en un Convento de Monjas, donde estaba el Señor expuesto con ocasion de las Quarenta Horas, y halló que estaba su Magestad en una custodia, y esta en las manos de una imagen de *Santa Clara*. Esto sí, exclamó, me convence, se acabó mi dureza; y salió de allí con los mismos sentimientos que todos los que ven estas prácticas.

Vm., amigo mio, sabe ya por esta mi relacion los buenos efectos de semejantes prácticas. Vm. es por la arriesgada y penosa carrera que ha emprehendido, un hombre que habla con todos. Los Señores Obispos, los Consejeros, los Inquisidores, los Grandes, los pequeños, los Curas, los Religiosos, todos oyen á vm.: exôrte, pues, á los Superiores á que prohiban los libros que tratan de ceremonias, de supersticiones del culto, de Decretos de las Congregaciones de Roma, de Estatutos Sinodales, de Constituciones Pontificias; en fin, que traten de todo quanto se opone á estas prácticas y devociones, y que den campo libre á los *Reverendos* inventores de ellas, y á los inocentes seqüaces de sus inventos; y verá vm. en quatro dias abundar estas cositas piadosas, y seguirse una multitud de convencimientos como el mio.

Pidale vm. á Dios me dé toda la luz que necesito, y á vm. todo el aliento que ha menester para levantar la voz. Londres &c.